

Bloc de notas



Albany goza de salud

La jugada maestra de Billy Phelan prueba la preocupación de William Kennedy por la mitología local de una ciudad



LUIS M. ALONSO

William Kennedy es a Albany, crisol de irlandeses y máquina expendedora de políticos corruptos, lo que James Joyce a Dublín. La capital del estado de Nueva York puede presumir de inmortal en la literatura universal. Si no en la misma medida que el Londres de Dickens, Los Ángeles de Chandler, o el Nueva York de Damon Runyon, Meyer Berger o Talese, sí en la intensidad y dimensión que su gran cronista ha sido capaz de transmitir en un ciclo de novelas que empezó teniendo vocación de trilogía y acabó abarcando toda una obra. Albany, que en la actualidad no llega a los 100.000 habitantes, situada a orillas del río Hudson, alternó desde siempre su pasado holandés patricio y un presente irlandés ligado a *San Paddy* en la desembocadura del canal Erie, en la calle Colony y alrededores. Hasta su aparente postergación, tuvo épocas de auge y declive, algunas especialmente turbulentas.

En el siglo XIX reinó en Albany la opulencia. La prosperidad llevó las ostras y los bistecs a sus restaurantes, y los animados teatros de variedades reposaron con bullicio sobre los hombros de una población de inmigrantes irlandeses explotados que finalmente acabarían por darle, en cierto modo, la vuelta a la tortilla. En el pasado siglo, la cuarta ciudad más antigua de Estados Unidos y segunda de las trece colonias, se había convertido en un lugar caótico, sin apenas vigilancia. Después de la Primera Guerra Mundial quedó bajo el control político de una «maquinaria demócrata», casi cómica en su minuciosidad organizativa, que Daniel P. O'Connell mantuvo desde 1919 hasta su muerte en 1977. Este aparato de poder se distinguió por ser un mecanismo infame de control, capaz de combinar los negocios, la política y la extorsión.

En los años veinte, el gángster irlandés Legs Diamonds y el holandés Dutch Schultz se habían desplazado allí desde el norte de Manhattan para dirigir la distribución y venta del licor de contrabando, durante la Ley Seca. Junto al whisky corrían las apuestas, imperaba la prostitución y proliferaban los salones de póquer. Todo ello con la connivencia del poder establecido por O'Connell. En ese sentido, Albany no era peor que otros lugares, e incluso es posible que fuera algo mejor que la Atlantic City popularizada por la serie televisiva *Boardwalk Empire* o incluso que la mismísima Kansas City. Pero ninguna de ellas ha tenido la suerte de contar con un cronista tan brillante y preocupado por la mitología local. Periodista y escritor, sabiendo alternar los dos oficios, al igual que hicieron Crane y Hemingway.

La jugada maestra de Billy Phelan, que Libros del Asteroide acaba de publicar, es la segunda novela del llamado ciclo de Albany de Kennedy, que a mediados de los sesenta regresó de Puerto Rico, donde había sido redactor jefe del «San Juan Star» (no hay que perderse la correspondencia mantenida entonces con Hunter S. Thompson), para quedarse a residir ya definitivamente en la ciudad que lo vio nacer en 1928. Una serie de artículos, *O Albany!*, le sirvió casi de inmediato para optar al «Pulitzer», que obtendría más tarde con *Tallo de*

hierro, un memorable retablo de la Gran Depresión que seguiría a *La jugada maestra*. Billy Phelan, protagonista de esta última, es un joven irlandés, jugador profesional de póquer y de billar, que sabe nadar y guardar la ropa hasta que su vida se complica cuando lo relacionan con el secuestro de un pez gordo local, Bindy McCall, que maneja los hilos de la política, el juego y la prostitución en la ciudad.

La reunión familiar para los lectores de Kennedy se ha hecho algo estridente, pero el ruido sigue siendo el que uno quiere percibir en este ciclo de Albany de las ocho novelas que el escritor estrenó con *Legs Diamond* (1975) y al que siguieron *La jugada maestra de Billy Phelan* (1978), *Tallo de hierro* (1983), *El libro de Quinn* (1988), *Reliquias muy queridas* (1992), *Flores de Fuego* (1996), *Roscoe, negocios de amor y guerra* (2002) y la última, *Changó's Beads and Two-Tone Shoes* (2011), donde aparecen los nietos de dos viejos conocidos Quinn y McDaugherty protagonistas de anteriores entregas.

No sabría decirles cuál de ellas me ha gustado más pese a que, como es lógico, unas son mejores que otras. Las he leído con el interés de alguien que no quiere perderse nada de esa brisa infame y turbia que ha sacudido una ciudad expuesta a las ambiciones de sus vecinos y me he familiarizado tanto con los personajes que la vez que estuve allí lo hice ex profeso para seguir la estela de los McCall o los O'Connell —da igual, ya los confundo—, o sentirme un Phelan o un Daugherty en su viejo *downtown*.



La jugada maestra de Billy Phelan
WILLIAM KENNEDY
Libros del Asteroide, 365 páginas, 21,95 euros

Tinta fresca

La casa del terror

La película «Invasor» concede una nueva vida a la novela de Marías



TINO PERTIERRA

Irak. Y volverá. Sangre y arena. Un médico en el infierno. Explota la violencia ante sus ojos. El regreso. El hogar. Una esposa. Una hija. Y la sangre con vida propia viaja a hombros del odio. El error. El horror. La noche, gran enemiga. Al acecho.

A Fernando Marías le estalló en la cara su propia obra. Para bien. *Invasor*, la novela que había publicado en Destino a mediados de la pasada década, fue elegida por los productores de la exitosa *Celda 211* para ser trasplantada a la gran pantalla. Trasplantada, sí, y no simplemente adaptada o trasladada. Y, para convertir las palabras en imágenes, se fichó a Daniel Calparsoro, un cineasta que domina como pocos el manejo de las historias con adrenalina hirviendo. Ahora, Marías ha decidido coger el toro editorial por los cuernos y, a través de la editorial Imagine, reedita su libro. ¿Por qué lo hace fuera del paraguas de un gran grupo? «Porque, al tratarse de una novela de "reestreno", me pareció el momento óptimo para medir el valor real de los recursos al alcance de mi mano: controlar todos los pasos del libro, desde el diseño hasta la distribución y, por supuesto, la promoción. Temo que el paraguas de los grandes grupos, tan valioso y necesario en otros tiempos, se esté disolviendo». Lo primero que llama la atención de la nueva edición es que la letra es... marrón: «Es idea de Felipe Samper, el diseñador. Como la novela está protagonizada por la sangre del protagonista, se elige un color de tinta que permita la asociación de ideas». ¿Y qué siente un autor al verse «invadido» por el cine? «Es inevitablemente fascinante ver la adaptación de tu historia en la pantalla, incluso cuando hay importantes diferencias como es el caso. Es una especie de vértigo, de montaña rusa digna de ser vivida». Y que quede claro algo: «La película es de Calparsoro, cada detalle es de su elección. Creo en la libertad de cada creador, él se inspiró en mi novela para hacer su película. En ese sentido, no echo en falta nada». La tentación vive arriba para cambiar cosas del texto a la hora de darle una segunda oportunidad, pero Marías no subió esa escalera: «No, la novela es exacta a como era. Excepto por un detalle: el personaje que en la película interpreta Antonio de la Torre en la novela se llamaba de otra manera, y en la nueva edición le puse el nombre de Diego en homenaje a su enorme creación».

Sí hay una diferencia importante, o significativa, entre el *Invasor* que se lee y el *Invasor* que se ve: «Una de las claves de *Invasor* película es que Daniel ha recreado una violencia tremendamente física, casi dolorosa, realista y terrible. La novela da más miedo, me gusta comprobar que lectores adultos se inquietan realmente al leerla».

Aunque Marías se haya involucrado en cuerpo y alma en esta nueva campaña de *Invasor*, no sería correcto hablar de autoedición, un camino que muchos autores, consagrados a o no, consideran una vía inevitable con la que está cayendo en el mundo editorial: «La autoedición es otra cosa, consiste en contratar unos servicios editoriales para probar suerte. Yo he querido lanzarme a editar «mimosamente» novelas para experimentar ese camino; lo único que ocurre es que la primera novela que he editado es mía. Pero habrá más, y serán de otros». El mundo aún necesita invasores literarios.



Invasor
FERNANDO MARIAS
Imagine